



Cuatro años por delante

(Publicado en *Papeles FAES*, el 10 de noviembre de 2004)

***Rafael L. Bardají y Florentino Portero**

Análisis nº 75

11 de noviembre de 2004

En los últimos dos años varias naciones han desarrollado una política diferenciada de los Estados Unidos. Pero han actuado de manera distinta a la que ha escogido el Gobierno español. Lo han hecho sin abandonar la prudencia y las buenas formas.

Los excesos retóricos y los gestos gratuitos de hostilidad del Gobierno Zapatero han creado una atmósfera en la que será más difícil y costará mayores esfuerzos recomponer las relaciones. Si eso fuera un problema personal del Sr. Zapatero nadie tendría nada que decir al respecto. Lo malo es que ahora es un problema nacional de España.

El actual presidente del gobierno español declaró el pasado marzo: “creo que Kerry va a ganar. De hecho, quiero que Kerry gane” (*The Guardian*). Siguiendo su intuición José Luis Rodríguez Zapatero avanzó: “no iré a la Casa Blanca antes del 2005”. La imprudencia es un rasgo inconveniente en las relaciones exteriores. Es obvio que Zapatero creía que Bush iba a perder. E imaginaba, además, que el candidato demócrata sería otra cosa. Quizá hubiera debido prestar atención a la declaración del senador John Kerry, reclamándole solidaridad en Irak y que reconsiderase la retirada unilateral de las tropas españolas de ese país. Pero no fue así.

Debería haber pensado en la posibilidad de que su intuición le fallase y que Bush saliera reelegido. Pero no lo hizo. Debería haber pensado, sobre todo, que como político es muy libre de jugárselo todo a una carta, pero que una nación como España no puede permitirse ese riesgo. Precisamente porque ya tiene demasiados riesgos.

La lista de equivocaciones es larga y bien conocida: desde promover públicamente la desertión de la coalición internacional en Irak al impulso de una política del no en el seno de la OTAN, donde España rechazó que esta organización se implicara en el entrenamiento de las fuerzas iraquíes. O, más recientemente, la posición contraria a que se unificaran las misiones en Afganistán para gestionar mejor sus recursos, pasando por el amparo a las altivas declaraciones de sus ministros, como las de José Bono, quien explicó la retirada de la bandera americana en el desfile del 12 de octubre, porque "España no se arrodilla", o las de Miguel Ángel Moratinos, atribuyéndose el papel, debidamente desmentido, de enviado especial de Washington para Oriente Medio. Y, finalmente, las aplaudidas declaraciones de altos mandos militares sobre el coste político de la relación bilateral con Norteamérica. Y esto es sólo la parte visible.

En realidad, esta actitud de Zapatero ha creado tantos problemas que sólo puede explicarse por una total despreocupación por el entorno internacional o porque estaba totalmente confiado de que cuanto le hiciese a Bush sería más tarde recompensado por una victoria electoral de su rival demócrata, John F. Kerry.

Esto es, que el daño que le infligiera a las relaciones bilaterales con EE.UU. en este su primer año de gobierno podía ser contenido y superado una vez Bush no estuviera ya en la Casa Blanca. Pero sus cálculos han fallado y Bush seguirá otros cuatro años.

La España de Zapatero intentó encontrar consuelo como apéndice del eje franco-alemán en lo que considera es su lugar natural. Pero ahora que Bush sigue, franceses y alemanes han hecho más obvios sus intentos de acomodo, cuando no acercamiento a Washington. Y lo tendrán más fácil que España, porque a sus dirigentes se les recuerdan desencuentros, pero no descortesías.

En los días previos a la intervención en Irak, Zapatero preconizaba la marginación internacional de los Estados Unidos. Era poco probable que algo así ocurriera. Más probable era lo que finalmente ha sucedido: la que hoy está marginada –y no principalmente por los Estados Unidos– es España.

El Gobierno de los socialistas españoles ha negado a la ONU su papel en la estabilización y reconstrucción de Irak; ha intentado meter una cuña en el consenso de la Unión Europea sobre las sanciones a Cuba, que las quiere suavizar si no levantar del todo; ha autorizado la declaración de su partido de que Taiwan debe ser reintegrada en la China Popular, aunque para ello se la obligue a prescindir de su libertad y democracia. Los frutos del enganche al carro franco-alemán están todavía por ver y su incipiente relación con el gobierno de Blair ya ha dado como resultado el abandono de las

posiciones tradicionales, incluso del PSOE, sobre el contencioso sobre Gibraltar, reconociendo a los gibraltareños como interlocutores válidos y concediendo no discutir sobre la soberanía de la Roca. Sin duda lo que tendrá consecuencias más duraderas y gravosas es la negociación a la baja del Tratado Constitucional europeo, en la que se abandonó el poder institucional conseguido por España en el Tratado de Niza. Sentimos reafirmarnos: la España de hoy es una España menguante, y cada vez más (vid. Papeles FAES nº 2).

No hay nada irreversible en materia de relaciones internacionales. No hay que apurar el tópico para darse cuenta de que no existen amigos permanentes, sino intereses permanentes. Lo que ocurre es que los intereses de España –en general, los de Europa– y los de Estados Unidos son esencialmente idénticos. Ambos tenemos un mismo sistema democrático, con valores comunes y expresiones políticas y sociales similares. Ambos, desgraciadamente, tenemos que afrontar una amenaza del terrorismo totalitario que se dirige, precisamente, contra aquellos rasgos civilizados que compartimos.

Rodríguez Zapatero debería dar pasos constructivos para restablecer la condición de países fuertemente aliados. Y puede hacerlo. Posiblemente deberá dar un giro rotundo a su política internacional. Pero es sabido que la coherencia no es algo sagrado para este Gobierno. Y desde luego la situación no va a cambiar gracias a un telegrama de felicitación.

Afortunadamente hay varias fichas que el presidente español podría mover si de

verdad quiere evitar que la relación con América se deteriore aún más.

Por ejemplo: España debería cumplir con la resolución 1541 de las Naciones Unidas y plantearse de verdad contribuir a la estabilización de Irak. Mientras los soldados americanos y de la coalición sigan trabajando por un Irak democrático, España no mejorará su imagen si se mantiene al margen.

Igualmente, España debería sumarse a la iniciativa para detener los planes de nuclearización iraníes, como ejemplo de su compromiso sincero contra la proliferación. España debería impulsar la Iniciativa del Gran Oriente Medio, como prueba de su voluntad de erradicar las verdaderas causas del terrorismo islámico, el despotismo de los regímenes árabes, el fanatismo religioso y el odio hacia nuestros valores.

España también debería promover una Europa compatible con América, una Europa sólidamente enraizada en su dimensión atlántica, y no una Europa que aspire a construirse como contrapeso a los Estados Unidos. Y ya puestos, el Gobierno podría ahorrarse esos gestos tan poco favorecedores. En síntesis, menos retórica de la “alianza de las civilizaciones” y más ejercicio práctico de la Alianza Atlántica.

Y es que la firmeza frente al terrorismo, la transformación del Oriente Medio y el mundo musulmán, la lucha contra la proliferación de armamento, y la expansión de la economía de mercado y la democracia son los temas claves de la agenda política de los próximos años.

Y son temas impulsados y encarados por los Estados Unidos y sus aliados. Zapatero puede ahora optar entre cooperar en todos ellos, porque tiene las capacidades para poder hacerlo si quiere, o quedarse al margen. El problema de esta última opción no es que él se quede al margen, sino que nos deja a todos los españoles al margen. Al margen al que nos ha llevado inútilmente en estos pocos meses.

* **Rafael L. Bardají** es director de estudios de política internacional en FAES.
Florentino Portero es analista del Grupo de Estudios Estratégicos (GEES).